

**LA INSURRECCIÓN QUE HA LLEGADO\*<sup>1</sup>****THE INSURRECTION HAS COME****Abraham Franssen<sup>2</sup>**

abraham.franssen@usaintlouis.be

Universidad Saint-Louis

Bruselas, Bélgica

**RESUMEN**

De regreso de una estada en Chile en enero de 2020, 25 años después de haber vivido allí los inicios de la transición a la democracia, se propone este texto, en tanto reportaje como análisis de la insurrección social de los últimos meses. Focalizado en las respuestas, el perfil, las aspiraciones y los límites de la dinámica de la protesta actual, frente a una élite lista para concesiones... para mantener sus privilegios.

**Palabras claves:** Chile, insurrección social, protesta, élite, privilegios.

**ABSTRACT**

Returning from a stay in Chile in January 2020, 25 years after having lived there the beginnings of the transition to democracy, this text is proposed, in both a report and an analysis of the social insurrection of recent months. Focused on the responses, the profile, the aspirations and the limits of the dynamics of the current protest, in front of an elite ready for concessions... to maintain their privileges.

**Key words:** Chile, social insurrection, protest, privileges.

**El estallido**

El estallido, la explosión, el despertar de la sociedad chilena desde el 18 de octubre de 2019, la revuelta multifacética, la insurrección llegada despierta mucha esperanza en algunos, así como miedo en otros, en algunas ocasiones esperanzas y miedos, convicciones y perplejidades.

La movilización social restaura el orgullo de los vencidos el año 1973 y el entusiasmo de aquellos decepcionados con una transición democrática que durante 30 años apenas ha cambiado los fundamentos neoliberales de una sociedad reticulada por el mercado, que

---

\* Artículo recibido el 3 de enero de 2020; aceptado el 21 de enero de 2020. El Comité Editor de Espacio Regional, consideró la incorporación posterior de este artículo a este número, dada su pertinencia y trascendencia en la coyuntura política-histórica reciente.

<sup>1</sup> Este texto es una traducción del artículo publicado en el sitio del CETRI, Centro-Tricontinental ubicado en Lovaina-la-nueva en Bélgica. <https://www.cetri.be/Chili-l-insurrection-venue>.

<sup>2</sup> Abraham Franssen es Dr. en Sociología por la Universidad Católica de Lovaina y Profesor titular en la Universidad de Saint-Louis, Bélgica.

privatizó y mercantilizó bienes comunes como la educación, la salud, las pensiones y los recursos naturales. Los primeros lo ven como el cumplimiento de la profecía de Salvador Allende: “*se abrirán las grandes alamedas*”, mientras que los segundos esperan que el laboratorio chileno, cuna del neoliberalismo se convierta en su tumba.

A pesar del período de verano; a pesar, o a causa de la violencia de la represión marcada por numerosos abusos y violaciones de los derechos humanos y que ya ha dado lugar a más de 20.000 detenciones, causado más de 3.600 heridos, incluyendo 400 lesiones oculares, causado directa o indirectamente la muerte de unas 30 personas; a pesar de las concesiones tardías prometidas por el presidente Piñera (bonificación salarial, aumento del salario mínimo, mejora en el monto de ciertas pensiones); a pesar del saqueo repetido de los supermercados, difundidos por los canales de televisión en manos de los oligarcas, la movilización continúa.

Cada noche, la Plaza Italia, renombrada Plaza Dignidad, es el escenario de confrontaciones violentamente ritualizadas, ritualmente violentas -y que harán que otras víctimas- entre los jóvenes encapuchados de la primera línea y los carabineros, pacos “robocobizados” atrincherados en sus “guanacos” tirando agua ácida y sus “zorrillos” echando gases lacrimógenos. Los estudiantes de secundaria organizan el sabotaje de la PSU (Prueba de Selección Universitaria), la prueba cuyos resultados determinan el acceso al mercado universitario. Cabildos y asambleas ciudadanas se organizan en las comunas. Las actuaciones feministas de “Lastesis” se suceden, desde la sede de la CEPAL hasta las plazas de las poblaciones.

Y cada viernes por la noche, una multitud alegre y nerviosa invade la Alameda, arteria principal de Santiago; Alameda cuyas paredes atestiguan tanto la violencia de los enfrentamientos como la efervescencia creativa, dibujando una iconografía que es tanto expresiva como reivindicativa: “*no más abusos*”, capillas profanadas en homenaje a las víctimas, murales que historizan la insurrección; en todas partes la bandera mapuche, mientras que la bandera de Chile está cubierta de luto y con un ojo tapado. Un perro callejero: el “*negro matapacos*” se ha convertido en la mascota simbólica, a veces irónica, a veces rabiosa, de un movimiento que juega con los poderes establecidos. Aquí y allá aparecen llamados a la ejecución de Piñera, sistemáticamente asociado con Pinochet: “Piñera, asesino igual que Pinochet...”, “*El pueblo pide sangre*”. La violencia es denunciada y legitimada, asusta y exalta.

La sociedad chilena despertó de un sueño largo, repentinamente por la chispa de un aumento del precio del boleto de metro. “*No son 30 pesos, son 30 años*”. Si fuera necesario asociar este movimiento sin precedentes con referencias más cercanas, de Francia, se podría ver en él una combinación de mayo del 68 por el cuestionamiento de todos los poderes instituidos: clasista, racista, machista, estatal, capitalista, colonialista, consumista, policial, catódico, católico, adultocentrista, especifista... -, de disturbios en las poblaciones por la rabia social que allí se expresa, y de revuelta de los chalecos amarillos por el rechazo de cualquier intermediación – aunque en Chile los chalecos amarillos son una referencia cuestionable ya que es la señal de identificación de vecinos vigilando su barrio contra los riesgos de saqueos. Esto no impide que la ciudad funcione, que los centros comerciales se llenen, que corra la impresionante red de metro de Santiago, reparada después del incendio dudoso de estaciones en el segundo día del levantamiento. Más de 4 meses después del inicio del estallido, se trata sobre todo de mantener la llama, reavivada regularmente por la violencia policial, de no dejar creer en un retorno a la normalidad... mientras se espera el avivamiento anunciado para el mes de marzo.

## ¿Cuál normalidad?

La normalidad es la de una sociedad mercantilizada, consumizada, individualizada, amnésica y despolitizada, donde la semana laboral es de 45 horas, donde muchos hacen doble jornada para pagar las cuentas de una vida a crédito y el acceso precario a la vida soñaba de la clase media, los estudios para niños, los viajes afuera del país. Una sociedad de competencia y consumo generalizados que ha afectado las subjetividades en sufrimiento e instrumentalizadas, consumidas, en una tensión permanente para garantizar la supervivencia o permanecer en la carrera, reduciendo la legendaria convivencia chilena, en el mejor de los casos, al espacio familiar y transformando el paseo dominical en deambulación en los mall.

En la calma y la frescura de su hogar en Vitacura, de clase alta intelectual acomodada, con ingresos que los ubican en el decil superior, pero aún muy lejos de la oligarquía, “las 7 familias” que concentran los poderes financieros, político y mediático y del cual el multimillonario Sebastian Piñera es la encarnación, Sergio y Fabiola relatan las estrategias desarrolladas para lograr la inscripción de sus 3 hijos en un colegio privado particular, con una mensualidad de más de 500 euros (\$ 425.000) por niño, describen los procedimientos de la selección de los niños observados por los maestros durante algunas horas para retener solo a los mejores, y la importancia de los “pitutos” que permiten el acceso directo y garantizan quedar entre ellos mismos.

Su hijo debiendo estar sometido a una intervención quirúrgica benigna en la Clínica Alemana, un hospital privado, Clara, la consejera de su seguro médico privado, les llama el día anterior para recibir noticias y asegurar de que todo esté en orden para hacerse cargo de los costos.

En el otro extremo de la escala social y de la distribución espacial de la megalópolis de 7 millones de habitantes en la cual Santiago se ha convertido, en un campamento de pobladores que han hecho una toma de terreno para construir sus cabañas con madera de recuperación, Mauri y Tamara, ambos hijos de la población, él ingeniero anarquista, y ella una tatuadora intermitente, están luchando codo a codo para apoyar a esta comunidad de 160 familias, personas sin hogar y migrantes haitianos, trabajadores de la construcción, comerciantes informales, ex-“patos malos” y evangélicos (a veces son los mismos).

La matriarca es Ana, una mapuche de 75 años, y \$ 100.000 de pensión, que logra cultivar un huerto en ese suelo seco y polvoriento, bajo el sol fuerte y sin un árbol para dar sombra. Conscientes de que esta comunidad improbable y utópica puede cambiar a su opuesto en cualquier momento, en un guión de “Walking Deads”, se trata constantemente de proteger y manejar las tensiones internas, la violencia familiar, de protegerse, *manu militari*, contra la entrada de los narcos, y para asegurar los puntos de agua, recuperar materiales de construcción, para emprender acciones legales contra las solicitudes de desalojo del propietario. Se trata sobre todo de protegerse contra las instrumentalizaciones y las divisiones inducidas por los partidos y las organizaciones sociales que intentan apropiarse el liderazgo. Al final, los mejores aliados de esta pareja anarquista son los evangelicos, en un sorprendente resumen de la deslegitimación del espacio de los partidos políticos.

Entre Cerro Navia y Vitacura pasando la línea de demarcación socioespacial representada por la Plaza Italia, el punto cero, el epicentro de la movilización, están todos los grados de la estratificación social, ejecutivos de empresas multinacionales, docentes de colegios públicos y privados, empleados bancarios y reponedoras de supermercados, conductores de autobuses, trabajadores de la construcción, empleadas domésticas, aunque desde el aumento del salario mínimo, la tradición de “nana” instalada de por vida en los hogares de las clases altas tiende a desvanecerse.

En 30 años de competencia desenfrenada, de crecimiento continuo, de estabilidad política y de créditos de consumo, Chile parecía haber entrado en el paraíso de las clases medias trabajadoras y liberales del primer mundo. Tanto es así que las teleseries, que alguna vez fueron el espejo del "Miami way of life", pueden representar de manera pintoresca los mundos rurales y populares. El turismo nacional y en el extranjero ha aumentado.

La bicicleta, anteriormente usada por aquellos que ni siquiera tenían 100 pesos para pagar un viaje en micro, invade los centros de las ciudades, para relajarse o para entregar comidas de Uber Eats. Antes tierra de emigración y de exilio, Chile se ha convertido en una tierra de inmigración y asilo, los restaurantes peruanos mejoran lo cotidiano, las colombianas con curvas enloquecedoras también, los venezolanos en el exilio son instrumentalizados en símbolos del fracaso del chavismo, los haitianos trabajan como vendedores ambulantes y jornaleros en la agricultura.

Si en apariencia, en 30 años, la microgeografía de las calles y los pasajes de las poblaciones apenas han cambiado, ya no es el territorio de una comunidad y un mundo popular. Seguros de retiro privado y estrategia de salida a través del acceso de los niños a la educación superior, o mediante la adquisición, a través de un procedimiento muy lento de concesión de un subsidio habitacional, de una vivienda en unos de los edificios sin alma o en la serie de casitas ordenadas que se extienden la ciudad.

La normalidad es la de la "falsa normalidad" mantenida por los medios de comunicación silenciosos sobre el país real. La de una "democracia de cartón" donde el teatro político se da en representación más que en representar. Como escribe Pablo Villegas, un artista plástico de Valparaíso:

Nuestra época articulada en torno a una vértebra dura, el norte omnipresente del bienestar. Insertos en el paradigma del beneficio como felicidad, los individuos que hemos transformado en humano y carbono del sistema capital. (...). En este neo-totalitarismo se ignoran las necesidades individuales de las personas fragilizandolas y desechando al diferente como un par improductivo. (...). Las dinámicas de nuestras autoridades son el claro reflejo de un estado con impunidad comunicativa, que difunde su discurso de ficción y delirios, priorizando la frivolidad de turno, como negación de los reales eventos de nuestro país. (...)

Álvaro, profesor universitario, relata su día del 18 de octubre, un día como los otros, atrapado en la carrera loca para cumplir con sus obligaciones y compromisos familiares y profesionales, frustrado por el anuncio de una interrupción en el tráfico del metro. Al llegar sin aliento frente a sus alumnos, anunciando la continuación del programa del cuatrimestre, se escucha replicar: "*¿Pero profe, no ve lo que esta pasando?*"

La violencia de estas desubjetivaciones ordinarias explica en gran parte la naturaleza extraordinaria del proceso de recuperación de las subjetividades y de las relaciones humanas, de la convivencia, la necesidad de hablar, de intercambiar, la demanda de "hacer sociedad" que

caracterice el momento anómico e instituyente que vive Chile. “*Nos cansamos, nos unimos*” afirma una pancarta que invita a una Asamblea de ciudadanos. “*Chile despertó*” cantan alegre y eufóricamente los hinchas de las barras bravas, ahora unidos, hasta el punto de declarar una huelga en el campeonato de fútbol: “*¡Calle con sangre, canchas sin fútbol!*”.

### Una crisis de legitimidad

Después de declarar la guerra a un “*enemigo poderoso y organizado que no respeta a nadie ni a nadie*”, después de instituir un toque de queda que sacó al ejército a las calles por primera vez desde el final de la dictadura de Pinochet, el presidente Piñera fingió estar encantado con las movilizaciones masivas a principios de noviembre de 2019 que, sin embargo, reclamaban su renuncia, llevó a cabo una reforma gubernamental y anunció una agenda social y la restauración del orden público. No importa lo que diga ahora: su palabra está desmonetizada y la cuestión es, en efecto, la de la continuidad del mandato presidencial durante los próximos dos años.

La crisis de legitimidad no es solo la del presidente indigno y su gobierno de derecha, cuya gestión errática de la crisis ha enterrado definitivamente su credibilidad. Es en gran medida el de la clase política y del régimen institucional y político.

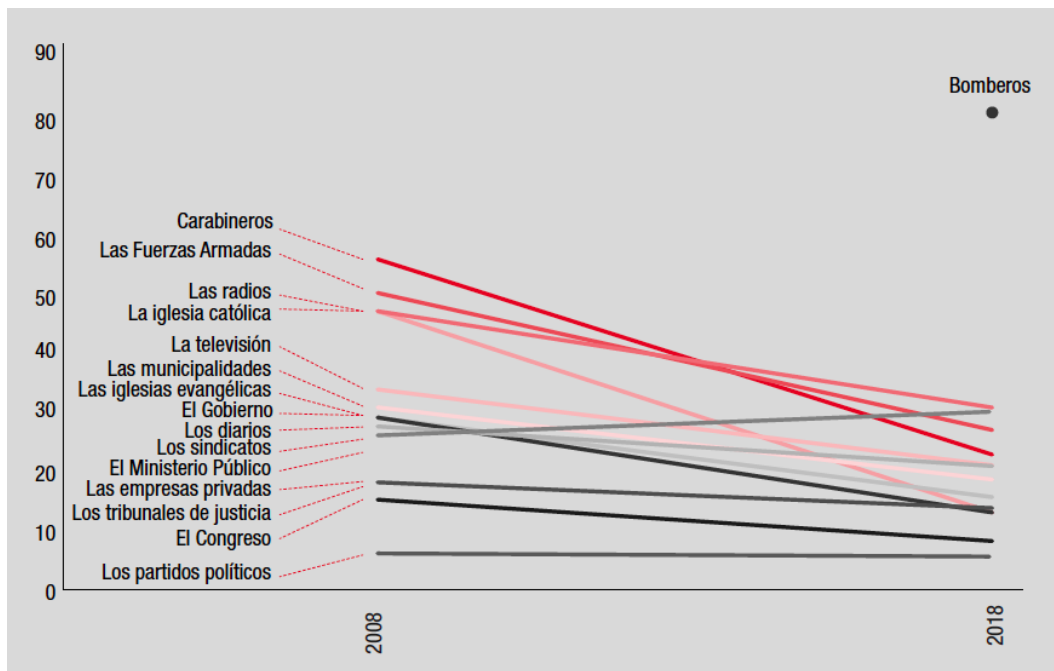
Si las encuestas indican un mónimo de 5% de aprobación de la acción del Presidente y del gobierno, el Congreso está aún más desprestigiado con solo un 3% de la aprobación. Los diputados y los senadores son ampliamente percibidos como una casta privilegiada, cerrada sobre sí misma, con discursos hipócritas. De hecho, es impactante observar durante los debates televisados, más allá de las diferencias de opinión mostradas, la colusión interpersonal entre, por ejemplo, Álvaro Elizalde, el Presidente del Partido Socialista, que era el partido de Salvador Allende e Iván Moreira, senador de la UDI heredera del pinochetismo.

Y en el momento de los procedimientos de impugnación constitucional contra el Presidente o contra el Intendente Guevara, quien con sus medidas de *tolerancia cero* reactiva el ciclo de represión policial y las víctimas que causa, siempre hay algunos diputados y senadores de la oposición socialista (PS), social-liberal (PPD) y demócrata cristiano (DC) para salvar las apuestas de un gobierno minoritario. Más allá de las afiliaciones partidistas, el "partido de orden" prefiere la continuidad al vacío institucional.

Incluso las figuras más virulentas en la oposición parlamentaria, del Frente Amplio y del Partido Comunista, no son inmunes a las críticas y a la decepción, como los ex-líderes estudiantiles Gabriel Boric y Camilla Vallejo. Pueden tener el lenguaje de la razón, justificarse por los avances históricos obtenidos o disculparse por haber quedado atrapados por los procedimientos parlamentarios, con todo, permanece la sospecha.

Apresurada por la vorágine de los últimos meses, la deslegitimación de la clase política y de las instituciones estatales ha sido continua y generalizada durante los últimos diez años. La sucesión de escándalos de corrupción individual o sistémica, de las instituciones estatales, en particular las fuerzas armadas y los carabineros, como de las empresas privadas, el sentimiento de colusión y de continuidad entre los gobiernos y los partidos de la Concertación de centro-izquierda y los de la derecha que han permanecido en el poder desde la transición democrática de la década de 90, la impunidad por los delitos de cuello y corbata, la insuficiencia de las respuestas a las demandas sociales, a las movilizaciones feministas, a las preocupaciones ambientales y los reclamos territoriales, políticos y culturales de los mapuche que se habían expresado pacíficamente y en orden disperso estos últimos 15 años han llevado a una desconexión casi total entre el sistema y el mundo vivido.

Esta desconexión se expresó durante mucho tiempo por el repliegue en lo privado de muchos, el mantenimiento de la lealtad de aquellos que encontraron beneficios individuales y la apatía de la mayoría. En las elecciones presidenciales de 2017 que llevaron a Sebastián Piñera al poder con la promesa de restaurar el crecimiento, más del 50% de los votantes no acudieron a las urnas.



**Figura 1. Porcentajes de personas que declaran tener una confianza fuerte o suficiente en las diferentes instituciones, 2008-2018, 10 años de auditoría a la democracia.** Fuente: Rapport du PNUD, Santiago du Chili, 2020.

La falta de voluntad y la incapacidad para llevar a cabo reformas estructurales, los puntos de veto establecidos por la Constitución impuesta por Pinochet, los éxitos macroeconómicos del cual se benefician las élites en su exitismo y aseguran el consentimiento de los ciudadanos-consumidores han permitido durante mucho tiempo mantener el modelo neoliberal de la sociedad.

En un contexto donde desde varios años, el estancamiento del crecimiento - por debajo del 2% desde 2014, mientras que en la década de 90 y principios de la década de 2000 experimentó un crecimiento anual de más del 5% -ya no permite traer compensación suficiente, la satisfacción relativa se ha convertido en insatisfacción y la apatía en frustraciones y enojo-.

### Indignación moral, social y liberal

Son estas causas lejanas y estos factores cercanos, además de los recursos morales e intelectuales mantenidas en el profundo de la sociedad chilena los que explican, sin haber podido predecirlo, el desencadenamiento de la movilización y sus características.

“*Amo a los estudiantes*” cantó Violeta Parra en la década del 60 para rendir homenaje a los estudiantes a menudo en la primera línea de las movilizaciones sociales en Chile. Y, de hecho, en 2006 y 2011, fueron los escolares y los estudiantes los primeros actores en cuestionar la ortodoxia neoliberal y en subvertir el orden institucional, obteniendo, en el sector educativo, medidas correctivas y compensatorias en ausencia de un cambio de paradigma.

La onda expansiva, esta vez, es transgeneracional, intersectorial y cruza los 4.200 kilómetros del territorio, desde Arica hasta la Patagonia. Destaca las demandas y expectativas de redistribución y reconocimiento, en materia de pensiones, de salud, de educación, de salarios, de derechos de las mujeres, de derechos humanos, de los LGBTQIA+, de los pueblos indígenas, en materia de participación política, de funcionamiento de las instituciones estatales, de protección ambiental, de descentralización... Sin embargo, más que un catálogo de demandas, la protesta es ante todo **moral**, una expresión de fuerte indignación contra el abuso directo y estructural del poder, contra la tartufería y los privilegios. “No mas abusos” suena como una letanía que exige el fin de las asimetrías de poder. “*Hasta que la dignidad se haga constumbre*”.

La protesta también es social, en la demanda de seguridad de la existencia, apuntando a la contradicción entre el desarrollo económico y la inseguridad social. Más que los salarios, es en particular el tema de las pensiones el centro de los problemas, ya que casi todo el sistema es administrado por fondos de pensiones privados especulativos.

Sin embargo, y a riesgo de decepcionar a los simpatizantes del exterior, “activistas de izquierda” y comunidades reconstituidas de “refugiados políticos chilenos”, la protesta no es socialista, y apenas socialdemócrata. Ella no dice ser izquierdista. Si la derecha a veces se designa como adversario, es, como Piñera, más como la encarnación de un casta que beneficia del sistema que como adversario político.

La revuelta es incluso liberal y libertaria en muchos aspectos, pidiendo una competencia leal y una recompensa por los méritos, no por los privilegios. Si el tema de la PSU es disputado por estudiantes de secundaria, es porque detrás de la apariencia de una selección por mérito, en última instancia, solo existe la reproducción de los privilegios de aquellos cuyos los padres tenían el capital para financiar una universidad privada. No es tanto la competencia lo que está debatiendo que el hecho está trancado. Si la primacía del mercado se condena cuando se relaciona con los bienes comunes, es el incumplimiento de las reglas del mercado lo que crea escándalo cuando se trata de los precios al consumidor del “confort” o de los productos farmacéuticos.

Es así como la ira que se expresa refleja las frustraciones de la igualdad de una sociedad de mercado. Es en la medida que la sociedad chilena se está volviendo más igualitaria en sus aspiraciones, porque importantes sectores anteriormente confinados a la pobreza material absoluta y pertenecientes a la clase trabajadora han sido capaces de probar formas de movilidad social y una mejora relativa en sus condiciones de vida que la persistencia de situaciones de pobreza y de barreras de clase, así como la expresión de las formas de desprecio que las acompañan, se han vuelto intolerables.

La secuencia de consumidores del Portal La Dehesa insultando manifestantes con el grito de “*ándate en tu población, roto de mierda*” se colocó en las redes sociales en denuncia de la persistencia del clasismo. Lo mismo podría decirse del racismo, del machismo, del sexismo y de la homofobia. En 2018, los estudiantes habían ocupado varias universidades, hasta Puerto Montt, para denunciar el machismo en el entorno universitario, exigiendo en particular, junto con otras demandas estructurales, que los académicos ya no se permitan abofetear a sus

estudiantes. El 8 de marzo, proclamado día de huelga feminista general, es un día importante de movilización.

Es porque en Chile, como en otras sociedades occidentales, la autonomía se ha convertido en una aspiración compartida de que los enclaves autoritarios y la verticalidad se han vuelto insoportables, y que las manifestaciones son menos una multitud unitaria – “*el pueblo unido*” – que una reunión colorida y diversa donde las parejas homosexuales ya no tienen miedo de tomarse de las manos.

### **Una movilización horizontal, una revolución molecular...**

Contrariamente a las movilizaciones rituales que en el pasado veían desplegarse y competir las banderas y los gritos de guerra de los partidos y organizaciones políticas (“¡¡¡Chichichí, Lelelé, Ju-Ven-tud Co-Mu-Ni-Sta de Chile!!!”, “¡Compañero Raúl Pellegrin, Presente!”, “¡MIR, Justicia, Fusill!”), la movilización actual es estrictamente, radicalmente, sin partidos ni líderes. Los representantes políticos que se arriesgaban a participar en las movilizaciones son expulsados. Sólo las figuras de algunos Alcaldes escapan a esta estigmatización generalizada.

En referencias a veces explícitas a las teorías de la revolución molecular de Felix Guattari, movilizándolo a los referentes anarquistas (Grupo de Acción Antiautoritaria, Núcleos Antagónicos de la Nueva Guerrilla Urbana...), la insurgencia despliega el lenguaje de la autoorganización y de la auto-convocatoria. Ella se opone rotundamente a cualquier delegación de poder, a cualquier recuperación. Es múltiple, animado por minorías activas con, todavía, el consentimiento de la mayoría que ya no guarda silencio. Está en el registro de la insurrección permanente. Ella no busca negociar con el poder desnudo, tan atónito y desconectado que está acreditando las teorías conspiracionistas extravagantes.

El conflicto se desarrolla de manera horizontal, focal y dispersa, emanando de la coordinación y colectivos sin portavoces, perturbando la vida cotidiana, en actuaciones estéticas como en la decapitación de estatuas de conquistadores, confrontaciones directas con los carabineros cuyas comisarias son atacadas, bloqueos de carreteras, protestas en centros comerciales, interrupciones de partidos de campeonato de fútbol. Iniciativas diversas y dispersas, a veces muy intelectualizadas, a veces muy reactivas y alimentadas con adrenalina, que no responden a un plan insurreccional, sino que se alimentan de la emulación interna y la violencia de la represión policial. Al margen de las movilizaciones, se producen saqueos oportunistas de supermercados y quema de locales y autobuses, se destruyen infraestructuras, prestando el flanco a denuncias de “violencia gratuita” y a la criminalización de la protesta.

Las iniciativas y los llamados se implementan reticularmente. Las redes sociales, en particular a través del uso de Instagram (capucha\_informa, Aceschile, interferencia.cl), difunden así una verdad alternativa, tejida a partir de testimonios, secuencias de violencia policial, denuncia de fachos e infiltrados, retransmitiendo la información que acredita la complicidad de las autoridades públicas y privadas y videos informativos sobre el proceso constitucional, en una dinámica de la autoeducación permanente.

Invencción de una nueva ortografía y estética post-género, llevando una guerrilla simbólica contra el estado capitalista y patriarcal, buscando interrumpir el flujo de circulación más que los lugares de producción, exposición de cuerpos y ocultamiento de rostros. El joven encapuchado, quien es él, pero también ella, de la primera línea es la nueva figura heroica y erótica de la insuación.



Esta labilidad y esta irreductibilidad son a la vez la fuerza y la debilidad de este movimiento de múltiples actores. Lo expone a los reproches de infantilismo. Lo hacen hiperdemocrático e intransigente, y lo condena a la acción como un fin, no como un medio.

En la segunda línea, las organizaciones sociales, de derechos humanos y de vecindario organizan asambleas, a veces con el apoyo de los municipios, y tratan de organizar el debate en formas participativas.

### **Hacia una nueva Constitución...**

Porque, si el espacio intermedio de la representación política se vacía y se evita, la movilización es eminentemente política al plantear la cuestión de los fundamentos de la convivencia en la sociedad chilena. Más allá de la conducta de crisis y ruptura, la movilización es un movimiento social al haber impuesto, desde la manifestación multitudinaria del 25 de octubre, la necesidad de una nueva Constitución, a través de un proceso de Asamblea Constituyente.

De hecho, la Constitución actual está en sus inicios todavía heredada de la impuesta en 1980 durante la dictadura de Pinochet. Garantiza la libertad de empresa y la libre elección de los consumidores, pero no los derechos sociales fundamentales a la educación, la salud y la vivienda. Otorga al Estado un papel subsidiario al del mercado.

De espaldas al muro, los partidos gobernantes han aceptado el principio de abrir un proceso constitucional (pero ahora piden rechazar esta posibilidad), mientras que los partidos de oposición que han firmado el acuerdo han aceptado limitaciones: el establecimiento de un quórum de dos tercios para la aprobación de los artículos de la nueva Constitución, dando así a los partidos de derecha un probable derecho de veto, la restricción que las nuevas normas constitucionales respetan las disposiciones de los numerosos tratados internacionales firmados por el Chile, lo que no es poca cosas, dada la cantidad de tratados que garantizan, por ejemplo, inversiones privadas en sectores clave de la economía y de los recursos naturales.

*"El acuerdo por la paz social y la nueva constitución"* del 15 de noviembre de 2019 es histórico. Sin embargo, no permitió la restauración de la paz social, por la naturaleza de la movilización y la represión, sino también porque en esta etapa es solo una respuesta procesal incierta y a largo plazo, no garantizando ningún contenido sustancial, y porque su fuente, un acuerdo histórico entre partidos políticos en el Congreso, está desacreditado. Serán los partidos políticos los que propondrán las listas de candidatos para la Convención Constitucional. El temor a una confiscación de la energía instituyente es, además, lo que motiva la demanda de una asamblea constituyente, más que una convención constitucional. Más allá de la semántica, la paridad de género, la representación garantizada de las minorías y las organizaciones sociales, o incluso un proceso generalizado y deslocalizado de participación a partir de las asambleas básicas que otorgan a los delegados mandatos imperativos, parecen utópicamente más capaces para garantizar una reforma democrática de la constitución.

Sin embargo, es poco probable que se modifique el procedimiento definido, y ya es hacia el referéndum del 26 de abril de 2020 que los ojos se vuelven. Si no hay dudas sobre el resultado, no se debe subestimar el peso de las fuerzas conservadoras. Recordemos que el "NO" en el plebiscito de 1988 sobre si el general Pinochet permanecía o no en el poder se había ganado solo en un 55.99% y contra el 44.01% de los votantes que aprobaron la permanencia en el poder de Pinochet 10 años más.

La redacción de una nueva Constitución potencialmente abre el camino a un nuevo contrato social que muchos sueñan inclusivo, descentralizado, pluri-nacional, que garantice los derechos

de los ciudadanos, y no solo de los inversionistas, haciendo de la protección del medio ambiente un imperativo y de los recursos naturales un bien común inalienable.

Si bien la posibilidad de lo peor, la de una reacción autoritaria y fascista, parece descartado, el de lo mejor no está garantizado.

Los intereses en juego son demasiado importantes y si las clases dominantes son ahora conscientes de que tendrán que hacer concesiones, no están dispuestas a renunciar a su posición y a sus privilegios. En una sociedad que está doblemente estratificada, tanto por las antiguas jerarquías estatutarias como por el mercado, es difícil imaginar a aquellos que se benefician del juego libre renunciando, por ejemplo, a la educación privada y a las clínicas privadas. Algunos ya están presentando propuestas para compatibilizar un aumento del monto de las pensiones y el mantenimiento del sistema de las AFP. Dentro de una universidad que reclama un compromiso social para los pobres, la propuesta de un maestro de adoptar una posición pública a favor de aumentar sus tasas impositivas fue acogida muy fríamente por sus colegas.

Al final, la explosión social permitirá una segunda transición “post-neoliberal” del Estado chileno, ofreciendo un nuevo marco simbólico, redondeando los ángulos agudos y promoviendo medidas de reconocimiento y de redistribución correctiva de una economía de mercado. Este movimiento social, en muchos aspectos postmoderno, contribuirá de esta manera a una modernización esencial de la sociedad y del Estado chileno.

Y siguiendo el ejemplo de los “*veteranos de los ochenta*”, estos jóvenes pobladores que habían sido, hace 35 años, las puntas de lanza de las protestas contra Pinochet y que se habían vuelto indeseables en la transición institucional hacia una democracia imperfecta, se les dirá a los héroes de la primera línea que regresen a casa, que la fiesta ha terminado.

## Referencias

**PNUD.** (2020). *Reporte del PNUD*. Santiago de Chile.